

El “santo” del Liceo

Manuel Zapata Olivella

El Liceo Celedón, con sus hambres, tormentos gramaticales y aritméticos, en la rememoración de sus inquietudes juveniles, aparece como el horno donde Escalona cuece la levadura de sus rebeldías líricas y sociales. Su temperamento y espíritu, hijo de un combatiente de la Guerra de los Mil Días, cuestiona todas las formas de disciplina.

Sus primeros paseos son requisitorias contra las normas que le impone el enclaustramiento escolar y la sociedad. Lo explosivo de ese despertar es conciliar la rebeldía de los estudiantes contra el significado y valor de los estudios, simbolizados en el cartón de bachiller:

Como yo no tengo
diploma de bachiller
las muchachas dicen
que no puedo enamorar.
¡Miren cómo aprecian
las mujeres el papel
y tanto de sobra
que se ve en el basural!
¡Adiós muchachos
yo me voy a desterrar
al sur de Colombia
donde hay paludismo y fiebre
si me notan triste
es porque me duele dejar
mi tierra querida
tan llena de bachilleres!

Los profesores se alarman y los estudiantes aplauden cantándolo en las aulas, patios e internados. Un análisis retrospectivo de sus contenidos ideológicos revela que era un cuestionamiento a todo el programa retórico de la enseñanza, en un país necesitado de aplicaciones científicas y técnicas para la solución de los problemas sociales.

El joven estudiante, despreocupado de reivindicaciones políticas, esgrime el canto y el verso desde su celda estudiantil, promoviendo a escala nacional una silenciosa y pacífica insurrección. Un llamado a la indisciplina académica, donde el profesor sentenciaba sobre lo divino y lo humano sin remover la herida de los cuestionamientos del discípulo. Estudiantes de primaria, bachillerato y universitarios lo corearán en planteles oficiales, privados, normales laicas y religiosas para niñas y varones. Nadie conocía al tira piedras Escalona, pero su canto prendía devoción, porque también predicaba el evangelio del amor: *La molinera*, *El testamento*, *El bachiller*, *El hambre del Liceo* son epístolas a la vida, la libertad y el amor.

El crítico de preceptiva encontrará incorrecciones en la métrica de sus versos, acentos y consonancias,

pero el poeta no reconoce normas literarias porque su ley es el ritmo de la nota musical y del corazón obediente al canto del vaquero, al galope del caballo, a las plumas direccionales atadas a la flecha para dar al blanco del sentimiento:

¡Ay mi vida!
No creas que son cosas de juego
yo soy un hombre perdido
desde que te vi en San Diego.
Te fuiste para el Molino,
yo me vine para el Valle
pero me dejaste herido
y ahora tienes que curarme ...

porque yo tengo un dolor
adentro del corazón
y un corazón herido,
de curarlo es con cariño.

¡Ay mi vida si vieras como suspiro
cuando me paso de largo
por el ramal del molino!

Porque debes darte cuenta
que si por tu culpa muero,
en todita la provincia,
se dirá cuando yo muera,
al pobrecito Escalona,
lo mató una molinera.

(*La molinera*)

Desgarramiento emocional,
inspiración que no se rige por los
cánones de la prosodia académica
pero que reconocían los viejos
acordeoneros y que no alcanzan a
imitar los nuevos canta-autores de la
farándula comercial.



Rafael Escalona, foto tomada de la Revista 43.º Festival de la leyenda vallenata

Manuel Zapata Olivella

(Córdoba, 1920-Bogotá, 2004) es considerado el escritor más importante de lo que se ha denominado literatura afrocolombiana. Sus novelas más conocidas son: *Tierra mojada*; *La calle 10*; *Detrás del rostro*; *Chambacú, corral de negros*; *En Chimá nace un santo*, y *Changó, el Gran Putas*. El presente texto fue extraído de *Homenaje Nacional de Música Popular 1998*.

Rafael Escalona, Bogotá, Ministerio de Cultura, 1998, pp. 75-77.